

## REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA A LA LUZ DE LOS AVANCES EN INGENIERIA GENETICA

*Ada LATTUCA (\*)*

“Asomarse” al mundo insondable del siglo que ya nos alcanza causa, al estudioso de las ciencias sociales, una sensación de asombro, de misterio y quizás de congoja.

La proficua literatura técnica — confieso entendida en modestas proporciones — atrae al profano, mejor, termina atrapándolo porque ella pre-anuncia LO NUEVO.

Las sucesivas edades de la historia llevaron, en el momento de crisálida, connotaciones semejantes para el hombre que debió debatirse entre ser protagonista o mero espectador de un movimiento aún no aprehendido, hasta que éste afloró pleno, evidente sobre la superficie, dando su impronta a una edad específica.

El acto supremo que marca el corte de una era y el inicio de otra es, sin dudas, la aparición del cristianismo porque significó, sin que abramos juicio sobre su significado sobrenatural, la síntesis de los despliegues más valiosos de la cultura antigua. “El tema de la diferenciación de la humanidad en relación con el resto del cosmos no podía encontrar mejor coronación que en la doctrina de Dios-Hombre” (1).

La historia cobra entonces un nuevo sentido, esto es, la historia considerada como proceso unitario que tiende hacia un fin y que, según Löwith, sólo puede ser concebida a partir de los supuestos religiosos del judeo cristianismo. Una filosofía de la historia pensada sobre estas bases científicas es, para Löwith, imposible por la sola razón de que no puede desprenderse de sus raíces religiosas. (2).

Ese fin es pensado por algunos autores como **ya iniciado** en la comprensión de las profecías del Apocalipsis. Lo singular de esta proyección escatológica es que se producirá un reintegro del hombre a lo eterno, hecho desde fuera del hombre: es decir, fuera de la voluntad humana. No es un proceso immanente a la historia misma el que genera este regreso del hombre a lo eterno. Es Dios mismo el que fija el plazo de esta “transposición” y hace posible la implantación de un Nuevo Cielo y una Nueva Tierra. El acontecimiento escatológico escapa a toda acción humana, es una acción del Creador sobre la voluntad. En consecuencia, la historia llega a su fin por una determinación exterior a la historia misma (3).

He recordado esta concepción acerca del fin inminente, para algunos autores, porque suelen escucharse en ciertos ámbitos argumentos sombríos acerca de la vinculación existente entre la actualidad histórica y el fin de los tiempos, signado por el fenómeno de una ciencia desbordada sobre sí misma.

(\*) Investigadora del C.I.U.N.R.

( 1 ) CIURO CALDANI, Miguel Angel, “Perspectivas Jurídicas”, F.L.J., Rosario, 1985, pág. 105. Como lo reconoció Berdiaeff, “el cristianismo, siguiendo las huellas de los hebreos, creó el dinamismo histórico, dio un impulso excepcional al movimiento histórico e hizo posible la formación de una filosofía de la Historia”, en Sentido de la Historia”, pág. 42-43.

( 2 ) LOWITH, Karl, “Historia profana e historia sagrada”, en Sentido y fin de la historia, rec. por Víctor Massuh, 2da. ed. EUDEBA, 1966.

( 3 ) PIEPER, Josef, “Sobre el fin de los tiempos”, trad. A. Candau, Rialp, Madrid, 1955.

Sin compartir el temor que cunde en algunos círculos, creo que resulta quizás demasiado simplista --y a veces apresurado-- responsabilizar a modernos anticristos como motores desencadenantes de la hecatombe universal, planteada desde diversas ópticas. (4)

Fuerza es reconocer la trascendente importancia histórica de los avances científicos. Por ello, entonces, cabe preguntarse: ¿es que todo este despliegue --considerado por muchos del exclusivo dominio de la ingeniería genética-- atravesará sin rozar siquiera el curso de la historia?

De allí, pues, que a partir de esta primera "quaestio" surgan incontenibles ciertas reflexiones o más bien inquietudes que, al momento, no resulten todavía lo suficientemente claras, pero han logrado conmover el espíritu en procura de alguna aproximación a la respuesta, en tiempos venideros.

El hombre es un ser eminentemente histórico. El hombre da a su vida sentido en la historia, desde su presente con la reviviscencia del pasado y la previvencia del futuro. En esta conjugación temporal el hombre obra oportunamente para realizar sus valores.

Al hilo de esta concepción "se distinguen" y "comprenden" las edades históricas. Y cuando se produce un corte, una fractura en el complejo axiológico, aparecen las eras históricas.

Ahora bien, las modificaciones que se introducirían a instancias de este excepcional despliegue técnico científico ¿no llegarán, quizás, a inaugurar una **nueva era**? Es decir, el tiempo de la revolución asombrosa a la que deberemos acostumbrarnos presupone, por primera vez, la imagen del hombre (protagonista de la historia, merced al cristianismo) convertido, quizás, en "hacedor" del género humano. Y con ello, ¿permanecerá como fundante o soporte de todos los valores la humanidad? O, en realidad ¿quizás sea la **verdad** al servicio de la **ciencia**, basada en la previsibilidad, en todos los órdenes? Es decir, el misterio de la vida, ¿será reemplazado por la certeza del vivir? y, ¿cómo será el vivir?

Por otra parte, imaginamos, en una dimensión social, la alteración de las relaciones conocidas, aunque con variantes en todas las etapas ¿se modificarán a instancias de una división clasista que lleve a la escisión entre "los que saben" y "los que no saben"? O más profunda y por ende, más traumática, entre los "que aceptan" y "los automarginados". Porque en el curso de su desenvolvimiento, si éstos lo quisieran ¿cómo realizarían el proceso de inserción donde, al parecer, no les cabe el protagonismo? Y en cuanto a las vinculaciones fundantes sobre el amor o la familia --a través de los cuales se ha reconstruido la historia de los pueblos-- ¿continuarán en vigencia o los parámetros girarán en tan amplio arco que los tornarán desechables? Los hombres programados ¿serán hijos o sólo ciudadanos? Y si son ciudadanos ¿lo serán de algún país o de un sistema codificado? Porque sin hacer futurología, se advierte ya la marcada tendencia hacia la "aecumene" sustentada fuertemente por un vértice tecnológico en el que se desdibujarán los estados nacionales y otro tipo de sociedad entrará a regir.

( 4 ) Lógicamente en ello tiene que ver el problema del sentido de la historia, de allí que WALSH haya expresado "Uma coisa é, pois, procurar sentido na historia, outra, procurar o sentido da historia", ver WALSH, W. H., "Sentido" em História, en Teorías da História, antología a cargo de Patrick Gardiner, Fundação Calouste Gulbenkian, 3ra. edic., Lisboa, 1984, pág. 367.

Y hasta podemos preguntarnos: ¿la religión continuará re-ligando a los hombres y a los pueblos? ¿Qué hombres, qué pueblos? Por ende, cómo se establecerá el plano de lo natural y lo sobrenatural? Probablemente, hace tiempo el sabio Pasteur se asomó a esta epifanía científica en la cual estamos “tomando” conciencia al decir que los laboratorios son los templos del futuro.

Respecto de la tridimensionalidad temporal, el hombre nuevo cursará su historia en la concurrencia de los tres elementos ¿o será pura preparación para el futuro? Qué significado, y por ende, qué operatividad tendría para su desarrollo la apelación al pasado? ¿Tendrá vigencia el continuar lamentándose de la a-historicidad y la a-temporalidad del hombre contemporáneo, por ejemplo?

Además, si quisiéramos ubicar esa nueva faz histórica en alguna de las clásicas categorías de cultura, civilización o decadencia que signan la evolución de la historicidad, ¿cuál de ellas cabría aplicar? Confieso mi impotencia al respecto, aunque probablemente se le podría denominar de cultura, en el sentido de cultura neutra y homogénea, con el alcance dado por Theilhard de Chardin, de predominio de fuerzas o intenciones absolutas.

De todas maneras, el desafío que se impone a los historiadores es verdaderamente apasionante. Creo, además, que merced a todo el bagaje de nuevos aportes vendrá el tiempo de la superación definitiva de la antinomia, estéril por cierto, aunque bastante firme aún, entre las ciencias naturales y las espirituales. Posiblemente, en tiempos venideros, se torne ya totalmente inocuo el debate y una profunda reflexión lleve a la armonía de ambos términos.

Creo que la humanidad aún no está suficientemente preparada para responder con precisión acerca del devenir biológicamente esperable en su destino. Los grados de intensidad que puedan suscitarse en este devenir dependerán, probablemente, de la acrecentada intensidad de nuestras fuerzas reflexivas y afectivas.

Algo se presenta bastante claro. Es el momento de dar un nuevo paso en lo desconocido y por ello es natural que vacilemos. Sin embargo, creo que en estas especiales circunstancias es recomendable recordar el mensaje pleno de esperanzas de un gran pensador de este siglo: “¿Que la Humanidad del siglo XX es una especie que se acabe?... Ni mucho menos... por el contrario, y en virtud misma de las fuerzas que la calientan y la forjan, es una especie que entra en la plenitud de su **génesis particular**: algo completamente nuevo que comienza en Biología” (5).

( 5) TEILHARD DE CHARDIN, Pierre, “La aparición del hombre”, trad. C. Castro, 5<sup>ta.</sup> ed. Taurus, España, 1965, esp. Actualidad de la especie humana, su poder de co-reflexión, pág. 294.